

Algo me tocó el hombro.

—¡Pst!

—¿Qué?

—¡Uiii!

—¿Cómo dice?

—¡laaa!

—¡Qué graznido!

Un pico anaranjado se me acercó de frente.

—¡Insolente! Habla usted con la maestra con mayúsculas.

—¿LA MAESTRA?

—Y desde ya le digo: no hace falta ir tan alto.

Muy seria, gris y blanca,

la gaviota dio un salto y me enseñó:

subió un poco, giró, volvió a girar, planeó.

Qué complicado. No entendí ni jota.

Entonces llegó toda la flota.

—¡Más gaviotas! —le avisé.

—¡Claro! ¿Las ves, las ves? —me graznó la gaviota,

y se unió a las demás.

—¿Eh?

Después la flota se alejó en forma de V.

(¿Es...?).



Azul. Negro. Azul. Azulnegro y negriazul.

—¿Quién vuela ahí?

—Ji, ji.

—No sé qué veo.

—Revoloteo.

—¿Esas son alas?

—Claro, de gala.

—Pero ¿y el pico?

—¡Soy mariposa! Pida otra cosa, pico no tengo.

Instructora de vuelo autoinvitada, pensé.

Si no es un ave, ¿para qué vino?

—¡Vuelo divino! Aquí, allí, allí, aquí, ¿me ve?

—La veo. Por todas partes. ¿Le da mareo?

Dijo que no, la mariposa.

Que le encantaba volar así:
escandalosa.





Pero ¿es para mí? ¿Es para mí volar así?
¿Como la mariposa, como el búho,
como el colibrí?
¿Alegre, silencioso, movedizo?
¿Con una flota de gaviotas sobre el mar?
¿O en soledad como el águila, bien alto?
¿O más abajo, como las palomas,
que andan juntas en dulce montón
y hacen el nido en un balcón?
¿Cómo es para mí?